



✠ CAPÍTULO UNO ✠

La iglesia de Corinto era un desastre teológica y moralmente. Los creyentes eran orgullosos y estaban divididos. Además, toleraban la inmoralidad desvergonzada, se acusaban unos a otros en las cortes, presumían de su libertad en Cristo, cometían toda clase de abusos en la Cena del Señor. Tampoco entendían el propósito de los dones espirituales y estaban muy confundidos en cuanto a la resurrección futura de los creyentes. Sin embargo, cuando Pablo les escribió sus cartas, los llamó “santos” (2 Corintios 1:1) o “llamados a ser santos” (1 Corintios 1:2).

Algunas veces, el significado de las palabras va cambiando con el tiempo como resultado de su uso común. Así que en la actualidad no llamaríamos santos a aquellos corintios confundidos. Tal vez los consideraríamos mundanos, carnales o inmaduros, pero ciertamente no los catalogaríamos como santos. En la tradición católica romana, se confiere la santidad en forma post mórtem a las personas que durante su vida mostraron un carácter excepcional y tuvieron logros sobresalientes. Me encuentro escribiendo estas líneas pocos meses después de la muerte del muy admirado papa Juan Pablo II y ya existe una tendencia popular generalizada que habla de canonizarlo y nombrarlo santo.

En el transcurso de la historia de la iglesia, la mayoría de los apóstoles originales, incluyendo a Pablo, fueron llamados santos. Muchos templos llevan sus nombres. Por ejemplo, mi abuelo fue miembro de la Iglesia Metodista San Pablo. En nuestra ciudad se encuentra la Iglesia Bautista de San Juan. Un amigo mío pastorea la Iglesia de San Andrés. He predicado en la Iglesia Anglicana Santo Tomás. Aun Matías, que fue el apóstol que sucedió a Judas, tiene una iglesia que lleva su nombre: la Iglesia de San Matías en Sydney, Australia. Y, por supuesto, debido a su importancia, por sobre todas ellas destaca la Basílica de San Pedro en el Vaticano.

En la actualidad, la palabra *santo* se usa muy poco fuera de las iglesias católica romana u ortodoxa. Y cuando llega a mencionarse es para referirse a una persona (generalmente mayor) que tiene un destacado carácter piadoso. Alguien podría decir: “Si alguien fue santa, esa fue mi abuela”. Al escuchar tal declaración, de inmediato nos viene a la mente una mujer amable y llena de gracia que lee su Biblia a diario, ora, y es conocida por sus buenas obras para los demás.

Entonces, ¿cómo es que el apóstol Pablo pudo referirse a los caóticos creyentes de Corinto como santos? De hecho, esa era una de las palabras favoritas del Apóstol para referirse a sus destinatarios. La utilizó en varias de sus cartas y generalmente decía que los creyentes eran santos (véase por ejemplo, Romanos 1:7; 16:15; 1 Corintios 1:2, 2 Corintios 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; 4:21, 22 y Colosenses 1:2). ¿Cómo es posible que Pablo llamara santos a *creyentes comunes y corrientes*, incluyendo a los de Corinto, que tenían toda clase de problemas?

La respuesta radica en el significado que tiene esa palabra en la Biblia. El término griego que se traduce como santo es *hagios*, y no se refiere tanto al carácter de la persona como a su posición. Su significado literal es “el que ha sido separado para Dios”. En ese sentido, cada creyente, aun el más ordinario e inmaduro, es un santo. Las palabras literales de 1 Corintios son: “a los santificados en Cristo Jesús y llamados a ser santos”

(1:2). Nuevamente, nos podría sorprender que Pablo utilizara la palabra *santificados*, vocable que por lo general asociamos con una vida santa. Pero tanto *santificados* como *santos* provienen de la misma familia de términos griegos. Un santo simplemente es alguien que ha sido santificado. Aunque suena un poco extraño en español, podríamos leer las palabras de Pablo así: “A los separados en Cristo Jesús, llamados a ser separados”.

¿Separados para qué? Tal vez la mejor forma de hacer la interrogante sería *¿separados por quién?* Y la respuesta es: “por Dios”. Cada creyente verdadero ha sido separado o apartado por Dios, para él. El apóstol Pablo describió en una ocasión que el Señor Jesucristo es el que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (véase Tito 2:14). Y en 1 Corintios 6:19, 20 añadió: “No sois vuestros. Pues habéis sido comprados por precio”. Si juntamos estos dos pasajes podemos entender el significado bíblico de un santo. Es alguien a quien Cristo compró con su propia sangre derramada en la cruz y lo ha separado para sí mismo para que sea de su propiedad.

¿Qué significa, entonces, estar separados o apartados? Una buena analogía la encontramos en la Academia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos de América que se encuentra cerca de nuestra casa. Cuando los cadetes ingresan por primera vez a su entrenamiento se les trata en forma totalmente diferente a como se trata a los alumnos de primer grado en cualquier universidad. Desde el momento

*¿Cómo es posible
que Pablo llamara
santos a creyentes
comunes y corrientes,
incluyendo a los de
Corinto, que tenían
toda clase de
problemas?*



en que bajan del autobús que los lleva a la academia, y durante todo su primer año, se les somete a la más extrema y rigurosa disciplina. El obje-

tivo es transformar su manera relajada de vivir y convertirlos en cadetes disciplinados y preparados para llegar a ser oficiales militares. Aunque la disciplina poco a poco se va relajando en los siguientes cuatro años, jamás quedan libres de ella completamente. En el último año todavía se les somete a rigurosas exigencias académicas y de comportamiento.

¿Por qué hay una gran diferencia entre la academia militar y cualquier universidad normal? Porque esos jóvenes han sido “apartados” literalmente por el gobierno de los Estados Unidos de América para ser los futuros oficiales de la Fuerza Aérea. El gobierno norteamericano paga más de 300

*Con nuestras mejores
obras están manchadas
por motivaciones impu-
ras.*



mil dólares por educar y entrenar a cada cadete durante cuatro años. Así que la academia no está diseñada para preparar maestros o banqueros. Su propósito es entrenar oficiales para la Fuerza Aérea de ese país; y los cadetes son “apartados” para ese propósito específico.

Al igual que cada uno de esos jóvenes que entran a la Academia de la Fuerza Aérea, cada nuevo creyente ha sido apartado por Dios, separado para él para ser transformado a la semejanza de su Hijo Jesucristo. En ese sentido, todo creyente es un santo, porque ha sido separado de su anterior estilo de vida de pecado y apartado por Dios para glorificarlo más y más a él al irse transformando.

El sentido bíblico de la palabra es que la santidad no es un estatus que se logra u obtiene por tener un buen carácter, sino que es una posición o estado; es una nueva condición de vida hecha posible por el Espíritu Santo de Dios. Pablo lo describe como un cambio “de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios” (Hechos 26:18) y en otro lugar dice que los creyentes han sido librados de la potestad de las tinieblas, y trasladados al reino de su amado Hijo (véase Colosenses 1:13).

No nos volvemos santos por lo que hacemos. Somos hechos santos por la acción inmediata y sobrenatural del Espíritu Santo que hace su obra de transformación muy dentro de nuestro ser interior, a tal grado que llegamos a ser una nueva creación en Cristo (véase 2 Corintios 5:17). Ese cambio en nuestro estado se describe de manera profética en Ezequiel 36:26: “Os daré corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra [un corazón muerto e insensible] y os daré un corazón de carne [un corazón vivo y sensible]”.

Sería bueno que termináramos aquí esta explicación, ya que los dos párrafos anteriores pueden sugerir que un santo es aquel que no peca jamás. Tristemente, todos sabemos que esto no es verdad. Si somos honestos con nosotros mismos, sabemos que casi cada hora que estamos despiertos, pecamos en pensamiento, palabra o hecho. Aun nuestras mejores obras están manchadas por motivaciones impuras (insinceras) y por una conducta imperfecta. ¿Quién de nosotros podría decir: “He amado a mi prójimo como a mí mismo”? La iglesia de Corinto llena de problemas es prueba indubitable de que los que somos santos podemos pecar mucho en actitudes y hechos.

¿Por qué es esto así? ¿Por qué existe esa incongruencia entre lo que Dios ha prometido y lo que vivimos a diario? La respuesta se encuentra en pasajes similares al de Gálatas 5:17 que dice: “Porque la carne desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu lo que es contrario a la carne. Ambos se oponen mutuamente, para que no hagáis lo que quisierais”.

La guerra constante entre la carne y el Espíritu que se describe en ese pasaje se libra todos los días en el corazón de todo cristiano. Esta es la razón de la exhortación de Pedro que dice: “que os abstengáis de las pasiones carnales que combaten contra el alma” (1 Pedro 2:11). Así que, aunque 2 Corintios 5:17 y Ezequiel 36:26 hablan de un cambio radical que toma lugar en el corazón de cada nuevo creyente, el resultado de ese cambio no es ni instantáneo ni completo. Más bien es progresivo, se da

a través del tiempo, pero nunca termina en esta vida. No obstante, no podemos utilizar el conocimiento de que existe esa lucha interna para justificar nuestros pecados. Más bien, debemos tener en mente que somos santos llamados a vivir una vida apartada para Dios.

Pablo comenzó su primera carta a la iglesia de Corinto refiriéndose a ellos como “los santificados [apartados por Dios] en Cristo Jesús y llamados a ser santos [los apartados]”. Después utilizó el resto de la misiva para *exhortarlos con vehemencia a que se comportaran como tales*. En un sentido, podríamos resumir la carta de Pablo con la siguiente declaración: “Ustedes son santos. Por favor, ¡actúen como tales!”. En ocasiones esa idea se expresa con más brevedad diciendo: “Vive como lo que eres”. Es decir, que tu comportamiento refleje lo que realmente eres. Aunque la palabra *santo* describe básicamente nuestra nueva posición como gente separada para Dios, conlleva la responsabilidad de vivir como tales en nuestra vida diaria.

Cuando fui oficial de la Marina de los Estados Unidos de América hace unos cincuenta años, había una expresión que decía: “Esa es una conducta indigna de un oficial”. Aquella frase se aplicaba a cualquier cosa, desde las pequeñas ofensas que requerían una ligera reprimenda hasta transgresiones mayores que exigían una corte marcial. Pero la expresión era mucho más que la descripción de un comportamiento vergonzoso, significaba que la conducta del militar era incongruente con lo que se esperaba de él. Es decir, el oficial al que se le llamaba así no había vivido a la altura de su responsabilidad de conducirse como debía hacerlo.

Quizá podríamos adoptar una expresión similar para los creyentes: “La tuya es una conducta indigna de un santo”. Tal expresión nos haría quedar bastante mal, ¿verdad? Cuando andamos en chismes o somos impacientes o nos enojamos, debemos recordar que nuestra conducta no es digna de un santo. En principio y hasta cierto grado, todos somos como los corintios. Nuestra vida contradice nuestro llamado.

La Biblia tiene una palabra que describe la “conducta indigna de un santo”. Esa palabra es *pecado*. Y así como la expresión en cuanto a los oficiales cubre una gran variedad de faltas de conducta, así la palabra *pecado* cubre una amplia gama de mal comportamiento. Abarca todo, desde el chisme hasta el adulterio, desde la impaciencia hasta el homicidio. Obviamente, hay distintos grados en la gravedad del pecado. Pero en el análisis final, el pecado es pecado. Es una conducta indigna de un santo.

Uno de nuestros problemas es que no estamos conscientes de que somos santos y mucho menos de la responsabilidad que conlleva esa nueva posición que exige que vivamos como tales. Tampoco pensamos que ciertas acciones como el chisme y la impaciencia sean pecados. Más bien, creemos que el pecado grave es el que la gente comete fuera de la comunidad de creyentes. Así, podemos identificar con facilidad el pecado de inmoralidad o de falta de ética de la sociedad en general. Pero no consideramos que son pecados los contenidos en la lista que he llamado “los pecados aceptables de los santos”. Es un hecho que, tal como hace la sociedad en general, vivimos negando nuestra propia iniquidad. Así que sigamos adelante con nuestro estudio y hablemos del pecado y la forma en que negamos que existe en nuestra vida.

*En principio
y hasta cierto grado,
todos somos
como los corintios.
Nuestra vida
contradice
nuestro llamado.*



